

—Me conocéis ya demasiado, respondió, para saber que conmigo jamás puede haber conflicto de atribuciones: no soy más que un viejo bonachon, amigo de la tranquilidad y del estudio.

*Sum piger et semor Pierdumque comes...*

—Ahora, nada nos detiene aquí, exclamé el señor Seneschal que ardía en impaciencia; mi coche está puesto. Partamos ..

---



---

## II

El camino de Sauveterre á Valpinson mide una legua de distancia; nada más que es una legua del país, de siete kilómetros.

Pero el señor Seneschal tenía un buen caballo, el mejor tal vez de los alrededores, afirmaba él, subiendo al coche con las señoras Galpin-Daveline y Daubigeon.

El hecho es que en menos de diez minutos alcanzaron á los bomberos que habían salido mucho antes que ellos.

Estas buenas gentes, casi todos maestros obreros de Sauveterre, albañiles, carpinteros y algunos de los que se ocupan en cubrir los techos de las casas, apresurábanse empleando toda su energía.

Alumbrados por una media docena de humosas antorchas, seguían con mucha pena y sofocados, el escabroso camino, empujando

sus dos bombas y el carro que contenía el material de salvamento.

—Valor, amigos míos, les gritaba el corregidor, caminando delante de ellos. ¡Mucho valor!...

Tres minutos después, galopando en la noche lo mismo que un caballero de balada, un campesino á caballo se presentó en el camino.

El señor Daubigeon le mandó que se detuviera. Obedeció.

Era el mismo hombre que había llegado á Sauveterre á dar la noticia de alarma.

—¿Regresais de Valpinso? le preguntó el señor Seneschal.

—Sí, respondió el campesino.

—¿Cómo sigue el conde de Claudieuse?

—Ha recobrado el conocimiento.

—¿Qué dice el médico?

—Que el conde sanará probablemente. Y yo corro á la botica en busca de las medicinas.

Para escucharlo mejor, el señor Galpin Daveline, el juez de instrucción, se inclinó hacia fuera del coche.

—¿Hay alguno á quien acuse el rumor público? le preguntó.

—No hay ninguno.

—¿Y el incendio?

—¡Hay agua, respondió el campesino, pero faltan las bombas; qué quereis que se haga!

¡Y el viento que redobla su fuerza!.... ¡Ah, qué desgracia; qué desgracia!

Apresuró el paso, en tanto que el señor Seneschal azotaba á su pobre caballo, el cual, bajo aquel tratamiento extraordinario, lejos de avanzar aprisa, se encabritaba y armaba.

Era que el excelente corregidor estaba desesperado. Era que el crimen le parecía como un desafío á su destreza y la más cruel injuria que pudiera hacerse á su administracion.

—Porque, en fin, repetía por la décima vez á sus compañeros de camino, es natural, os lo pregunto, es lógico que un malhechor se haya dirigido precisamente al conde y á la condesa de Claudieuse, al hombre más importante y considerado del distrito, ó una mujer cuyo nombre es el sinónimo de la virtud y de la caridad?

Es inagotable, á pesar de los vaivenes del coche, el señor Seneschal tornaba á relatar lo que sabía de la historia de los propietarios de Valpinson.

El conde Trivulco de Claudieuse era el último vástago de una de las más antiguas familias de aquel lugar.

A los diez y seis años, hacia 1829, se embarcó en calidad de alférez de navio, y durante muchos años no hizo en Sauveterre, sino raras y breves apariciones.

Era capitán de marina en 1859 y designado para el grado de contralmirante, cuando de repente presentó su dimisión, viniendo á instalarse en el castillo de Valpiscen, el cual solo conservaba de su antiguo esplendor, dos torreones amenazando ruina en medio de enormes montañas de piedras ennegrecidas y mohosas.

Durante los dos años que permaneció en él, logró reedificar bien que mal la parte principal del edificio y con los mendrugos sobrantes de la fortuna de sus mayores se reconstruyó, á fuerza de cuidado y de actividad una modesta situación.

Todos creían que acabaría sus días así, cuando esparsióse el rumor de que iba á casarse, Y cosa rara, tornóse el rumor en verdad.

Un día, el señor Claudieuse salió para Paris, y por las esquelas en que daba parte, que llegaron poco después, se supo que acababa de casarse con la hija de uno de sus antiguos compañeros de promoción, la señorita Genoveva de Tassar de Brué.

Grande fué el asombro.

El conde tenía un aire muy distinguido y era notablemente bien conservado; pero acababa de cumplir cuarenta y siete años y la señorita Tassar de Brué apenas contaba veinte

¡Ah! si la recién casada hubiera sido pobre,

*Recuerdo de...*

comprendido y aprobado habria sido el matrimonio.

Es tan natural que una joven sin dote sacrifique su corazón á la necesidad del pan cotidiano!

Pero no era ese el caso. El marqués de Tassar de Brué que pasaba por rico, había, decían, entregado á su yerno doscientos cincuenta mil francos.

Entonces, se imaginaron que la joven condesa debía ser tan fea que causara miedo, enfermisa ó contrahecha por lo menos, idiota tal vez ó de un carácter impasible.

Error. Cuando se presentó, todos quedaron admirados de su noble y rara belleza. Al hablar, dejó á todos bajo el dominio de sus encantos.

¡Acaso, como se aseguraba en Sauveterre, ese matrimonio lo había producido el afecto?

Así se creyó. Lo cual no impidió que algunas viejas damas inclinaran la cabeza y declararan que una diferencia de veintisiete años, era demasiado entre dos esposos y que esta union no podía ser feliz.

Los hechos no tardaron en desmentir estos sombríos pronósticos.

En diez leguas á la redonda no existía un matrimonio perfectamente unido como el señor y la señora de Claudieuse: dos niñas, dos hijas que habían tenido un intervalo de cua-

tro años, debían llevar para siempre la felicidad á su tranquilo hogar.

De su antigua profesion y de los años en que administraba las apartadas posesiones de Francia, cierto es que el conde habia conservado las costumbres altivas del mando, una actitud severa y fria, una palabra bastante breve.

Era además de una violencia tan extrema, que la más ligera contrariedad enrojecia su semblante.

Pero la condesa era la calma y la dulzura misma, y como ella sabia interponerse entre la cólera de su marido y quien la provocaba, como ambos eran justos, buenos hasta la debilidad y compasivos con los desgraciados, se les adoraba.

Solo en materia de caza el señor de Claudiuse no escuchaba razones.

Cazador apasionado, cuidaba todo el año su soto con el interés inquieto de un avaro; multiplicar los guardas y los medios de defensa, perseguía á los cazadores furtivos con un encarnizamiento tal, que decían: "Vale más robarle cualquier cantidad de dinero que matarle un mirlo."

Además, los señores de Claudiuse vivían bastante aislados, absorbidos por los cuida-

dos de un vasta explotación agrícola y la educación de sus hijas.

Rara vez recibían; no se les llegaba á ver en el invierno más de cuatro veces en Sauverterre, cuando iban á la casa de las señoritas de Lavarande ó del viejo baren de Chandoré.

Cada año, al fin del mes de Julio, se instalaban un mes en Royan, en donde tenían un *chalet*.

Igualmente todos los años, al principiar la caza, la condesa iba con sus hijas á pasar unas semanas al lado de sus parientes que vivían en Paris.

Para trastornar esa pacífica existencia, fué menester que llegara la catástrofe de 1870.

Al saber que los prusianos vencedores hollaban el suelo sagrado de la patria, el antiguo capitán de marina sintió despertarse en él todos sus instintos de francés y de soldado.

Aunque intentaron detenerlo, se fué. Legitimista obstinado, declaró que estaba dispuesto á morir por la República, con tal de que se salvara la Francia.

Sin la sombra de una vacilación, ofreció su espada á Gambetta, á quien detestaba.

Nombrado coronel de un regimiento de marcha, se batió como un león desde el primero hasta el último día, en que fué tirado al suelo y pisoteado al intentar detener la espan-

tosa desbandada de uno de los cuerpos del ejército de Chanzy.

Cuando volvió Valpinson, al firmarse el armisticio, nadie, ni su misma mujer, lograron arrancarle una palabra acerca de aquella dolorosa campaña.

Se empeñaron en que se presentara en las elecciones, con la seguridad de que saldría electo: se rehusó, diciendo que sabía batirse pero no discurrir.

El procurador de la República y el juez de instrucción solo escucharon á medias aquellos detalles que conocían tan bien como el Señor Seneschal.

Entonces y de repente:

—¿No avanzamos, pues? preguntó el señor Galpin-Daveline; inútil es que procure ver, no apercibo ninguna apariencia de incendio,

—Es que estamos en un bosque muy espeso, respondió el corregidor. Nos aproximamos, y cuando nos encontremos en lo alto de ese lado que encubramos, tranquilizaos, veis. . . .

Ese lugar era muy conocido en el departamento y aun goza de cierta celebridad bajo el nombre de montaña de Sauveterre.

No tenía vegetación y estaba formada de un granito tan duro, que los ingenieros que trazaron el camino nacional de Burdeos á

Nantes, tuvieron que hacer un rodeo de media legua para evitarlo.

Domina todos aquellos alrededores y cuando se encontraron en su cima, el señor Seneschal y sus compañeros no pudieron contener un grito.

—¡Horresco! murmuró el procurador de la República.

El punto céntrico del incendio aparecía oculto todavía por la gran hogueada de Rochepommier; pero la luz producida por las llamas subía mucho más alto que los grandes árboles, iluminando todo el horizonte con sus niestres resplandores. . . .

Todo el campo estaba en movimiento.

El toque de alarma sonaba con precipitados golpes en la iglesia de Bréchy, cuyo troncado campanario se dibujaba en negra silueta sobre un cielo purpurino.

Entre las sombras se escuchaba el ronco mugido de las conchas marinas de que se sirven para llamar á los obreros de los campos.

A lo largo de los senderos sonaban los pasos de los aldeanos que pasaban corriendo con un cubo en cada mano.

—¡Los socorros llegarán demasiado tarde! dijo el señor Galpin-Daveline.

—¡Una propiedad tan hermosa, añadió el

corregidor, y administrada con tanta inteligencia!...

Y cen riesgo de un accidente, lanzó su caballo á galope sobre la orilla de la costa, porque Valpinsen está en el fondo de un vallado, á quinientos metros del pequeño río.

Todo era allí terror, desórden, confusion.

Y sin embargo, no escaseaban los brazos ni la buena voluntad.

A los primeros gritos de alarma, todas las gentes de los alrededores se presentaron y seguían todavía llegando á cada minuto; pero no se encontraba allí una persona que los dirigiera.

Lo que les preocupaba sobre todo, era salvar el moviliario. Los más atrevidos saltaban en las habitaciones y presas de una especie de vértigo arrojaban por las ventanas todo lo que caía bajo sus manos.

En el centro del patio se amontonaban desordenadamente las camas, los colchones, las sillas, las sábanas, los libros, los vestidos.

Sin embargo, un inmenso clamor saludó la llegada del señor Seneschal y sus compañeros.

—¡Aquí está el señor corregidor!... exclamaron los aldeanos animados por su presencia y dispuestos á obedecerle.

El señor Seneschal por su parte juzgó con un golpe de vista la situación.

—Sí, soy yo, amigos míos, dijo, y os felicito por vuestro apresuramiento. Se trata ahora de no desperdiciar nuestras fuerzas. Las siembras y los edificios de explotación se han perdido, abandonémosles... Concentremos nuestros esfuerzos en el castillo... Organizémosnos... El río está muy cerca, formemos la cadena, hombres y mujeres... Y agua... agua... que ya llegan las bombas.

Con efecto, venían volando con la velocidad del rayo.

Los bembers se presentaron.

El capitán Parenteau tomó la dirección de los socorros.

El señor Seneschal pudo al fin informarse del conde de Claudieuse.

—El amo está allí, respondió una vieja mostrando á cien pasos de distancia una casita de techo de rastrojo: el médico mandó que se le trasportara...

—Vamos á verlo, señores, dijo el corregidor al procurador de la República y al juez de instrucción.

Pero se detuvieron en el dintel de la única pieza de esa pobre habitación.

Era una gran pieza, de paredes de adobe y vigas ennegrecidas, llena de herramientas y cargas de grano.

Dos camas de columnas torcidas con corti-

nas de sarga roja, dos de esas grandes camas de Saintonge, ocupaban todo el fondo.

Sobre la de la izquierda, dormía una niña de cuatro á cinco años, arrebujada en un cobertor, al cuidado de su hermana, de tres años mayor de edad.

Veíase tendido en la cama de la derecha, el conde de Claudiense, ó mejor dicho sentado, pues habian colocado detrás de él todas las almohadas que pudieron salvar del incendio.

Su dorso hallábase desnudo y chorreando sangre, y hacia él inclinado un hombre en mangas de camisa, levantadas hasta el vértice del codo, con una esponja en una mano y un bisturi en la otra, parecia estar absorbido por alguna operacion grave á la vez que delicada.

Ese hombre era el doctor Seignebois.

Vestida con un traje de muselina clara, al pie del lecho de su marido, pálida, pero en su blime calma y resignada firmeza, veíase á la condesa de Claudiense.

Tenia una lámpara en la mano, dirigiendo la luz según las indicaciones del doctor.

En un rincón, dos criadas sentadas sobre un cofre y cubiertas con un paño hasta la cabeza, loraban.

Profundamente conmovido el corregidor de Sauveterre, tomó la resolucion de entrar.

El primero que lo vió fué el conde de Claudiense.

¡Ah! es el buen Seneschal! dijo. Aproximaos, querido amigo, aproximaos..... Este año de 1871, lo veis, es un año fatal. De todo lo que poseia no me queda hoy más que algunas paletadas de cenizas.

—Es una gran desgracia, respondió el digno corregidor; pero ya no hemos de tener otra más irreparable.... Gracias á Dios, vivireis....

—¡Quién sabe!.... Sufro terriblemente.... La señora de Claudiense sé estremeció.

—¡Trívalce! murmuró con voz dulcemente suplicante. ¡Trívalce!

El señor Claudiense envolvió á su mujer con la mirada más tierna que jamás ha dirigido un amante al sér á quien ha adorado.

—Perdóname, querida Genoveva, perdona mi falta de valor...

Un espasmo nervioso le cortó la palabra, y bien pronto con una voz fuerte como la de una trompeta:

—¡Señor!.... exclamó, ¡doctor! ¡Trueno del cielo.... Me habeis desollado....

—Estoy provisto de cloroformo, dijo el médico con frialdad.

—¡No lo quiero!....

—Resignaos entonces á sufrir... Permaneced

ced quieto, porque cada uno de vuestros movimientos aumentan los sufrimientos.

Después, limpiando la sangre que acababa de arrojar sobre su bisturi:

—Ahora, agregó, necesitamos tomar algunos minutos de reposo.... Mis ojos y mis manos se fatigan.... Decididamente ya no soy joven

El doctor Seignebos, tenía sesenta años. Era un hombrecillo de temperamento bilioso, delgado, calvo, muy abandonado en su traje; llevaba unos anteojos de oro, con los que pasaba su vida, quitándoselos y limpiándolos para volver á ponérselos.

Su reputación medical era grande, y se citaban de él, en Sauveterre, curas maravillosas; sin embargo, contaba con pocos amigos.

Los obreros le reprochaban su tono desdichoso, los aldeanos su avaricia por la ganancia, y la clase media sus opiniones políticas.

Se contaba que una noche en un banquete, exclamó levantando su vaso. "Bebo á la memoria del único médico á quien he envidiado su pura y noble gloria: á la memoria de mi compatriota el doctor Guillotin de Saintes!"

¿Había pronunciado realmente aquel brindis? Lo positivo era que se jactaba de ser un demócrata feroz, y que era el alma y el oráculo de los pequeños conciliábulos socialistas de

los alrededores. Cansaba admiración cuando trataba del capítulo de las reformas que soñaba y los progresos que concebía. Hacía estremecer su tono cuando hablaba de "llevar el fierro y al fuego al fondo de las entrañas podridas de la sociedad."

Sus opiniones, teóricas utilitarias, con frecuencia extrañas, ciertas experiencias todavía más extrañas que perseguía á la vista de todos, hacían dudar algunas veces, de la integridad del intelecto del doctor Seignebos. Los más benévolos decían: Es un original.

Aquel original, como era de pensarse, no quería el señor Seneschal, un antiguo abogado reaccionario.

Tenia poca estimación para el procurador de la República, un inútil coleccionador de libros viejos. Detestaba cordialmente al señor Galpin—Daveline...

Sin embargo, saludó á los tres, y sin preocuparse de que fuera ó no escuchado por el enfermo:

—Encontrais, les dijo, al señor de Claudieu en un estado bien lamentable.... Le han tirado con un fusil cargado de plomo de caza, y las consecuencias de las heridas de este origen, son incalculables. Me inclinaria á creer que ningun órgano esencial ha sido interesado, pero no responderia de ello.... He visto

con frecuencia en mi práctica, lesiones minúsculas, tales como las que puede producir un grano de plomo, lesiones mortales sin embargo, que no se descubren sino después de doce ó quince horas.

Habría continuado largo tiempo, sino hubiera sido bruscamente interrumpido.

—Señor doctor, pronunció el juez de instrucción; tan solo porque se ha cometido un crimen, me encuentro aquí. Es preciso hallar al culpable y castigarlo. En nombre de la justicia requiero en este momento el concurso de vuestras luces...

### III

Con esta sola frase, el señor Galpin Davelle se apoderaba despóticamente de la situación y relegaba á un segundo término al doctor Seignebos, al señor Sameschal y al mismo procurador de la República.

Allí solo existía un crimen, cuyo autor había que encontrar y un juez que era él.

Pero á pesar de que había exagerado su inflexibilidad habitual y ese desdén de los sentimientos humanos que ha proporcionado á la justicia más enemigos que sus más crueles errores, todo en él se extremaba con una satisfacción contenida, toda, hasta los pelos de su barba, tallada como los arbustos de Versailles.

—Luego, señor doctor, añadió, ¿decidme si hay algún inconveniente para que interrogué al herido?